

XVIII-3
C. 270

DISCURSO
LEÍDO
EN LA SESIÓN SOLEMNE
DE
DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

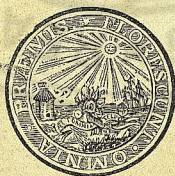
CELEBRADA EL 2 DE FEBRERO DE 1896

Y QUE DEJÓ ESCRITO Á SU FALLECIMIENTO OCURRIDO
EL 29 DE NOVIEMBRE DE 1895

EL ILLMO. SR.

Dr. D. José M.^o Clapés y Domínguez

*Director que fué de la Real Sociedad Económica de
Amigos del País de Valencia*



VALENCIA
IMPRENTA DE NICASIO RIUS MONFORT
1896

DISCURSO

LEÍDO

EN LA SESIÓN SOLEMNE

DE

DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

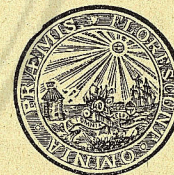
CELEBRADA EL 2 DE FEBRERO DE 1896

Y QUE DEJÓ ESCRITO Á SU FALLECIMIENTO OCURRIDO
EL 29 DE NOVIEMBRE DE 1895

EL ILLMO. SR.

Dr. D. José M.^o Clapis y Domínguez

*Director que fué de la Real Sociedad Económica de
Amigos del País de Valencia*



VALENCIA

IMPRENTA DE NICASIO RIUS MONFORT
1896



Señores:

UN deber reglamentario y no mi propia elección me constituye en la honrosa necesidad de dirigiros la palabra. Ciertamente que mis humildes fuerzas no alcanzarán á elevarse á las alturas á que han llegado todos los Directores que han ocupado y me han precedido en este distinguido punto, pero mi voluntad es sincera y con llaneza y lealtad os diré cuatro palabras, no ajenas á los fines de nuestro instituto y que considero de actual y oportuna importancia.

Esta solemnidad, que no descuida el estímulo de los intereses materiales, se ordena principalmente al estímulo y fomento de los intereses morales. Tal es el fomento y estímulo de la pública instrucción en los primeros años. Asunto que interesa á los pequeños, que interesa á sus padres y familias, que interesa en mucho á la sociedad y que ennoblece y dignifica á los maestros. Materia trascendental, que no afecta exclusivamente á los tiempos pre-

sentés, sino que se extiende y abraza los tiempos venideros.

No pretendo entrar en grandes disquisiciones sobre Pedagogía y sobre sus diferentes sistemas; la materia es compleja, y las teorías parciales ó exclusivas no nos pueden llevar á la posesión de la verdad.

El hombre es un ser hartó compuesto, es un mundo abreviado, una admirable síntesis de toda la creación. Hay que cultivar su cuerpo y su alma, sus sentidos y sus potencias, hay que contemplarle no sólo y aislado, sino en sus lazos y relaciones con los demás, en cuyo seno nace, vive y se desarrolla, y entre los cuales ha de crecer y perfeccionarse: ni mucho menos han de olvidarse los sagrados é inviolables vínculos que lo ligan con su sapientísimo Criador.

Conforme á su doble naturaleza espiritual y material lo rigen y gobiernan dos clases de leyes, unas físicas, necesarias, fatales, de las que no puede substraerse y otras espirituales, morales y que voluntariamente ha de cumplir; y nótese que los primeros hasta cierto punto están sometidos á los segundos, siquiera sea para ordenarlos y dirigirlos rectamente y evitar sus obstáculos y peligros.

Por otra parte, estos dos elementos ó substancias, la espiritual y la corporal no marchan en perfecta armonía y en una envidiable concordia. El espíritu vuela á lo alto, el cuerpo tiende á lo bajo. Ya dijo el Poeta *video meliora proboque, deteriora sequor*. A esta lucha aludía Job cuando afirmaba *militia est vita hominis super terram*. Guerra, combate es la vida del hombre sobre la tierra. Y el Príncipe de la elocuencia romana, al contemplar las contradicciones de dentro y de fuera que padece el hombre, exclamaba que la naturaleza más que como cariñosa madre nos trataba como cruel madrastra.

El dogma del pecado original es el único que nos da la clave que alcanza á explicarnos satisfactoriamente el lamentable desconcierto que observamos en el hombre y que todos sentimos en nosotros mismos. Sin esta clave el hombre es un misterio indescifrable, monstruoso conjunto de bueno y de malo, de virtudes y de vicios, de ángel y de diablo.

Se equivocan grandemente y yerran los que afirman que el hombre por su naturaleza es bueno y que sus naturales tendencias lo llevan á la virtud y al bien. No es así, el hombre es bueno luchando y combatiéndose á sí mismo y triunfando de sus malos instintos y aviesas pasiones. El hombre es bueno si su espíritu se sobrepone á su carne y las leyes de la razón y sus hermosas luces guían sus pasos y dominan todas sus acciones y movimientos.

El caso es que con la caída del primer hombre y en castigo de su soberbia, no sólo se quebrantó su elemento sensitivo, sino también el racional. Se obscureció su razón y se debilitaron sus energías para obrar el bien. El diluvio universal prueba irrefragablemente la corrupción á que llegaron los hombres, cuando al mismo Criador como que le pesó haberlos criado.

El golpe fué grande y la herida profunda. Después de tan horrendo cataclismo ¿qué fué del mundo y de la humanidad? La perturbación y la llaga quedaron abiertas, sus consecuencias no podían ser diferentes de las primeras y anteriores. El sabio Platón, mirándose á sí y extendiendo su inteligente mirada á la humanidad, suspiraba para que el Cielo hablase, y bajara de lo alto alguna palabra de luz y de consuelo.

Sus votos vinieron á realizarse; la palabra de Dios descendió á la tierra y enseñó en la persona del Verbo á

los hombres con su doctrina y sus ejemplos. Disipó las nieblas que habían oscurecido la razón y robusteció las decaídas energías de la voluntad para hacer el bien. La revelación y la gracia, he aquí los grandes y magníficos dones de la sabiduría y bondad de Dios en favor de los hombres. Ved aquí los grandes remedios y frutos de la seducción del linaje humano, que las Santas Escrituras pregonan poderoso esfuerzo del brazo de Dios.

Yo no puedo descender á detalles, que vosotros conocéis tan bien como yo, ni la índole de este pobre trabajo me permite darle un carácter teológico, ni mucho menos convertirle en una conferencia religiosa moral. Pero sí os diré, que el hombre viene de Dios y va á Dios; que vive para no morir y que esta vida presente y actual no es más que un prelude ó exordio de una otra vida que no ha de tener fin.

Por eso Dios al criarle no abandonó ésta su predilecta criatura á los azares de la suerte ó á las veleidades de su capricho. Dióle una ley que guiara sus pasos y lo llevase á la consecución de sus inmortales destinos. Ley inmaculada que convierte los corazones, testimonio fiel que alumbra los ojos, ley santa más rica que los más preciados tesoros, y más dulce y deleitable que la miel y el panal.

Y esa ley que estampó el divino Creador en el ánimo de los hombres con los resplandores de su divino rostro para evitar toda duda y la más pequeña obscuridad, la grabó en tablas de piedra y la publicó con inusitada majestad y solemne aparato en la cumbre del Sinaí: y celoso todavía más de la felicidad de los hombres, bajó de los cielos y se hizo hombre, y lejos de mudar ó alterar esa ley, vino á confirmarla y explicarla con sus predicaciones, sublimes ejemplos y altísimas virtudes.

Yo me asombro y caigo de hinojos ante esa ley incalculable, don de las infinitas bondades y sabiduría de Dios. Es ley religiosa y ley moral, es ley individual y social, abarca todos los pueblos y todos los tiempos, es inmutable y sin embargo puede y dominará siempre todos los progresos humanos. En el orden científico es la verdad, en el orden artístico fuente inagotable de los más bellos sentimientos, en el orden físico es la salud y la más fructuosa higiene, en el orden moral un semillero de virtudes y de los más encumbrados heroísmos, en el social, iris de paz, concordia y glorioso bienestar, en el económico, venero de laboriosidad, economía y riqueza, y en el orden religioso la cadena de oro que une al cielo con la tierra, á Dios con el hombre y la que haciendo dichoso al mortal en esta desdichada tierra, lo conduce á una dicha imperecedera.

La Religión es la guardadora de esta ley, ella la depositaria de los dones que ayudan su cumplimiento, ella la maestra para enseñarla y difundirla entre los hombres.

Éstos no han sido criados para este mundo, ni este mundo es su fin. Han sido creados para Dios, que es su verdadero y altísimo fin. ¿Pero dónde está Dios? ¿Quién nos mostrará á Dios? Los cielos publican su grandeza y el firmamento anuncia las obras de sus manos. Pero el Señor no ha querido que lo conociésemos tan sólo de ese modo, ha querido manifestárenos y dárenos á conocer por sí mismo, tomando nuestra propia naturaleza, viviendo y conversando con nosotros.

¿Queréis conocer á Dios, al Autor de todas las cosas? Ahí tenéis á Jesucristo, ese es Dios, Dios Santo, fuerte, inmortal, infinito en todos sus atributos y perfecciones. Ahí tenéis á su Iglesia, la más visible manifestación de su sabiduría y de su amor. No es esta una institución

histórica, decadente y casi pretérita, es una obra viva, lozana é inmortal. El mismo Jesucristo la sostiene y vivifica; Él es el Sumo Sacerdote en este indestructible templo; Él es el Rey inmortal de este pueblo escogido; Él es el Maestro infalible en esta Cátedra para enseñar á todos los pueblos y á todas las naciones.

Contra sus obras y contra sus enseñanzas nunca podrá prevalecer el error ni el vicio. Columna y firmamento de la verdad nunca podrá ser destruída ni por los supuestos adelantos de una falsa ciencia, ni por la tiranía y despotismo de los poderosos, ni por las convulsiones de los pueblos y las vicisitudes de la historia. Escrito está que la verdad del Señor permanecerá eternamente.

Esa verdad, pues, es la que debemos buscar, á esa áncora de salvación debemos asirnos, ese es el norte que debe guiar nuestra vida y nuestros pasos. Esa es la verdad cuyo conocimiento y posesión nos hará y puede hacernos realmente libres. Esa verdad tan vital para nosotros la que con el mayor afán y con preferencia á todo debemos conocer y amar y la que debemos difundir y extender entre los demás.

El hombre no se debe á sí mismo, ni á las evoluciones de la materia, ni mucho menos á la fingida y gratuita eternidad de la materia. Débese á Dios y al orden providencial y sapientísimo establecido por Él mismo.

Nada interesa más al hombre que conocer á su Creador, que es á la vez su verdadero fin; y conocer su voluntad con la que debe conformarse. Esta es la ciencia de las ciencias, este es el secreto infalible de su felicidad en este mundo de miserias, y la firme garantía del logro de los inefables bienes con exclusión de todo dolor, que ha de gozar en una vida inmortal.

¿Sabéis cuál es el compendio de esta Ciencia? ¿Dónde hay que buscarla y adquirirla? En el Catecismo de la Doctrina cristiana. Ese breve y admirable resumen de todas las necesidades, de todas las enseñanzas, de todos los medios y preceptos que ponen á los hombres en el seguro camino de ir á Dios, amarle y conseguir la dicha eterna.

Precioso libro, breve en extensión, pero que comprende resueltos los problemas más inextricables á la humana razón y á las más preclaras inteligencias.

Un niño, una pobrecita vieja que sabe el Catecismo, sabe más y conoce más que los más sabios filósofos de Grecia y de Roma: y mucho más que todos esos sabios modernos que pretenden resolver los más vitales problemas para el hombre y la humanidad acudiendo á sus siempre menguadas fuerzas y con menosprecio de las verdades reveladas por el mismo Dios.

De aquí infero, como inferiréis vosotros, que en la educación del hombre, si por ella se quiere conseguir hombres sanos de alma y cuerpo, útiles á sí mismo y amantes de los demás, no puede ni debe prescindirse de enseñarles la Religión, y la Religión verdadera, que es la manifestada y establecida por el mismo Dios, y cuya esencia, como irrefragable sello de su evidente divinidad, consiste no en un conjunto ó serie más ó menos aparatosa de actos exteriores, sino en la más completa y estricta observancia de la moral. Ésto lo proclama á voz en cuello la recta razón, ésto lo confirma la experiencia de siglos, ésto lo atestigua la Historia con las más brillantes páginas.

No cometáis el error de mutilar al hombre pretendiendo en su educación y enseñanza eliminar y desconocer en él la condición más característica de su ser. El

hombre por su naturaleza es un ser religioso y tan religioso, que esta es la principal nota que lo distingue entre todos los seres que lo rodean. Ni los astros que pueblan el firmamento, ni las plantas y árboles que cubren la tierra, ni los irracionales todos, aunque en algo nos aventajen, conocen, ni sienten la necesidad de buscar á su Criador para tributarle el culto y honor que le es merecido.

Educad al hombre, enhorabuena, que santa cosa es, pero educadlo en toda su integridad, en todo el conjunto de las condiciones y elementos de su propia naturaleza y estableciendo en ellos la conveniente prelación; el alma antes que el cuerpo, su sociabilidad antes que su individualidad, preocupaos de sus destinos eternos con preferencia á los temporales y transitorios.

Yo me asombro y lleno de pesar al ver como haya institutos de enseñanza en los que, no sólo se niega á sus alumnos la instrucción religiosa, sino que la proscriben sus reglamentos. Ésto es desconocer al hombre, rebajar su dignidad y privarle del mayor de sus consuelos en los azares de la vida y del apoyo y auxilios para practicar el bien y vencer los obstáculos para realizarlo.

No me habléis de moralidad sin religión, ni de leyes que carezcan de sanción. El hombre sin estos indispensables recursos ni podrá hacer nada verdaderamente bueno, ni tendrá freno en sus apetitos; abandonado á sus pasiones, no le guiará en sus actos otro móvil que el placer ó el dolor y llevado de tan bajos móviles lo empujaréis ó á los desórdenes del vicio, ó á los horrores de la desesperación.

Dadle á conocer á Dios y la excelencia de sus atributos, su justicia y su misericordia infinitas, su sabiduría que es inmensa, su bondad que no tiene límites, la gran-

deza de sus recompensas y la terribilidad de sus castigos, enseñadle que esta vida es el preludio de otra vida feliz ó desgraciada, según los méritos ó deméritos contraídos en la presente; y con ello le alentáis en el bien obrar, lo apartáis de las malas acciones; con ello lo hacéis paciente y resignado; con ello mitigará sus quebrantos y privaciones, su dicha perspectiva y la consoladora esperanza de una vida mejor, riquísima de todas las más inefables dichas, y ajena del más pequeño dolor. Éste es el único camino para que el hombre sea todo lo bueno y feliz, que pueda serlo en este mundo; éste el único sendero para que pueda hacer buenos y felices á sus semejantes.

No, señores, no es cosa indiferente ni mucho menos baladí la ciencia y conocimiento de la Religión cuando el mismo Dios personalmente ha querido y se ha dignado descender de las alturas de los cielos para enseñarnosla con sus palabras y sus obras. Asunto es de vital interés para los individuos y para los pueblos.

Yo me huelgo de ver establecida en nuestros Institutos de segunda enseñanza la asignatura de Religión y Moral, pero deploro que sea voluntario su estudio. Yo entiendo que siendo la Religión católica la religión del Estado y no pudiendo ni debiendo estudiarse otra en los establecimientos públicos, la asistencia debiera ser obligatoria. Ya que bajo ningún concepto puede ser perjudicial para los jóvenes el conjunto de verdades y enseñanzas que con tal motivo han de adquirir; no es conveniente que con tal libertad se dé ocasión á que haya jóvenes que por pereza ó por irracional pasión desprecien ó hagan alarde de no ser católicos; ni mucho menos es útil ahondar divisiones, y crear antagonismos funestos para todos y mortales para la patria. Yo creo

que nunca más que en los actuales tiempos se necesita divulgar esta clase de enseñanzas, que afirmen á los unos, esclarezcan á los otros y yengan á sanear la sociedad harto azotada y convulsa con los males del excepticismo, de la indiferencia y más que todo de la funesta ignorancia sobre tan salvadoras y vitales materias.

Si, señores consocios, hay á todo trance que realzar y extender el conocimiento y la ciencia de lo que más le interesa al hombre. Que sepa de dónde viene y á dónde va; que conozca á Dios, porque conociendo á Dios se conocerá á sí mismo; y como la voluntad de Dios es que lo amemos y que aspiremos á ser perfectos como Él es, de esta suerte, trabajando por el bien propio, trabajaremos por el bien de nuestras familias, por el bien de nuestra patria, por el bien de nuestros semejantes. Y por tal medio lograremos que Dios y sus leyes santas reinen en nosotros y reinen en la sociedad; el reinado de Dios es paz, justicia y gozo en Espíritu Santo.

Y vosotros, señores Profesores y apreciables Profesoras, á quienes principalmente dirijo mi discurso y que tenéis la paciencia de escucharme, grande es vuestro ministerio y trascendental vuestra misión. A vosotros cumple por deber propio y por delegación de sus padres, instruir y educar á esos inocentes y preciosos niños, pedazos de su corazón, que confían á vuestra solicitud y vuestros cuidados; mostradles con verdadero celo las verdades de la Religión, que comprendé admirablemente ese pequeño pero inapreciable libro del Catecismo de la Doctrina cristiana. Procurad con vuestras obras y vuestros ejemplos corroborar y aleccionar prácticamente á vuestros tiernos discípulos y con ello no sólo hacéis un bien incalculable á vuestros alumnos, lo hacéis también á la sociedad y os lo hacéis á vosotros

mismos. Aliénteos para conseguirlo aquella solemne é indefectible promesa del Salvador: *Qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cælorum*. El que hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos.

A. M. D. G.

HE DICHO.